

La paternidad espiritual del presbítero

Convocados por el Papa Francisco a celebrar el año de San José y motivados por su Carta Apostólica *Patris Corde*, dejémosnos interpelar como presbíteros, por San José, “el hombre justo” (Mt 1,19), siempre dispuesto a hacer la voluntad de Dios.

Guiados por San José, quien a lo largo de la historia de la Iglesia fue reconocido como ejemplo por sus virtudes y actitudes, quisiera proponer para nuestra reflexión la categoría *paternidad espiritual del presbítero*. Reconociendo que no existe un modelo único de vivir la paternidad sino que cada presbítero tendrá su manera específica de ejercer su ministerio y de vivir su paternidad expondré tres apartados que pretenden aproximarnos a dicha categoría: 1)- paternidad: dadora de vida; 2)- algunos rasgos del amor paternal del presbítero; 3)- el amor paternal en el ejercicio del ministerio presbiteral.

La iniciativa surgió a partir del grupo Jeremías, región NOA. La idea es que sea algo práctico y se pueda compartir en reuniones de decanato o grupos sacerdotales, que ilumine y anime nuestro ministerio pastoral. Por ello, encontrarán al final de cada apartado preguntas para favorecer el intercambio y compartir resonancias.

1)- Paternidad: dadora de vida¹

Partimos de una experiencia obvia “somos hijos o nacemos hijos, padres nos hacemos...”. Los curas, como todos los varones, aprendemos a ser padres a lo largo de la vida. Como afirmaremos en este apartado la paternidad supone un itinerario, un aprendizaje, donde las raíces u orígenes vocacionales adquieren un significado importante, marcan y orientan nuestra manera de ejercer la paternidad presbiteral.

1. **Hacia los orígenes de nuestra vocación.** A semejanza de la figura del padrino de bautismo, confirmación, matrimonio, los sacerdotes somos como esos “padres añadidos”, sumamos presencia, haciendo las cosas como el verdadero padre. Como sacerdotes queremos hacer las cosas como el único Padre, siendo esos padres añadidos que sumamos presencia en toda la Iglesia.

Por ello, podríamos preguntarnos ¿cómo fueron mis orígenes en los cuales descubrí la vida, en los cuales descubrí que otros me dieron la vida?, porque nadie es padre de sí mismo, somos todos hijos.

¹ Cf. Smiriglia L., <https://m.facebook.com/sacerdotesoperarios/videos/año-de-san-josé-hacia-una-paternidad-sacerdotal-dadora-de-vida>. Se trata de una serie de videos mensuales donde presenta la paternidad como dadora de vida, dentro de un itinerario. Lo aquí expuesto corresponde a los cuatro primeros, donde hace referencia más bien a la interioridad del presbítero.

¿Cómo fueron mis padres, qué recuerdo tengo de ellos, qué imágenes tuyas aún perduran en mi mente y en mi corazón?

Dice el poema “lo que el árbol tiene de florido vive de lo que tiene sepultado”. Es bueno abrazar la propia historia, recordar personas, lugares que marcaron mi historia. Por ejemplo ¿cómo reaccionó mi familia en mi despertar vocacional o cuando le manifesté mi deseo de ingresar al seminario?

2. **Nutrirnos de nuestras raíces vocacionales.** La paternidad sacerdotal se alimenta de raíces dadoras de vida. Es necesario contemplar nuestro origen y dejándonos abrazar por nuestras raíces nos llevará a preguntarnos ¿cómo nos dejamos nutrir por nuestras propias raíces, por nuestros orígenes, por nuestra propia historia?

Como San José, las raíces son una *presencia discreta y oculta*, que van nutriendo toda nuestra vida y ser sacerdotal. Son las raíces que nos conectan con nuestra familia, nuestro pueblo, nuestra cultura, nuestra Iglesia. Son estas raíces las que nos llevan a descubrirnos hijos.

Podemos preguntarnos en este camino de paternidad sacerdotal ¿cómo está mi filiación, mis raíces, esa realidad de la cual vengo? Porque podemos descubrir como San José, que abrazando lo suyo, su origen, se reconoce siempre abierto al plan de Dios. Se nutre de sus raíces para que Dios haga crecer lo que él mismo sembró en su historia.

3. **Itinerario de aprendizaje constante.** El camino de la paternidad sacerdotal es un itinerario, que se va nutriendo con el tiempo, como el camino de José, que se puso en camino, cargando con Jesús. A nosotros como presbíteros nos toca emprender el propio viaje, cargar la propia vida, con nuestros miedos y esperanzas. Desde nuestros orígenes, enraizados, caminamos. Así nutrimos el camino para dar vida. Todo ello, es un itinerario de paternidad. Nutrir el camino es forjar, arar y abonar el propio terreno, es *ser capaz de trabajarme*. Por ello, es fundamental reconocermelo en camino, siempre aprendiendo, siempre principiante, dispuesto al cambio y a recomenzar constantemente. Con la conciencia atenta, despierta y serena, descubriendo que siempre hay motivos para seguir creciendo, aprendiendo y caminando. Así, nos abrimos al proyecto de Dios que es siempre superador.

Así, podemos preguntarnos ¿cómo es mi capacidad de aprender, de quién aprendo, cuándo aprendo? ¿Cómo me relaciono con la novedad que la realidad o el otro me presenta, que incluso Dios cuando se revela me manifiesta? De esta manera abrimos el corazón de quienes la vida nos pone para acompañar siempre al proyecto del Padre. Por eso, soy dador de vida y nutro el camino cuando soy flexible, cuando coloco al otro en primer lugar, por encima de mis ideas, prejuicios, horarios,

esquemas; cuando me reconozco aprendiz, cuando soy capaz de decir que no lo sé todo, cuando valoro a aquellos que me enseñan.

4. **Darse al otro para que el otro tenga vida en el Padre común.** La paternidad sacerdotal es darse al otro para que el otro tenga vida. Se trata de imitar a José que fue capaz de colocar en primer lugar el proyecto que Dios tenía para la humanidad en Jesús y María. También nosotros como presbíteros, debemos dar acogida y confianza al otro, dejar que el otro sea, no pretender cerrarlo con nuestras expectativas, deseos e ilusiones. Salir u olvidarse de uno mismo, reconocer que el otro tiene su camino, hacerlo capaz de elegir. Existe una ternura y delicadeza en el acompañamiento responsable, es el arte de la donación de sí mismo, como José, que vaciándose de sí mismo hizo posible que Jesús fuese plenamente él.

Por ello, testimoniamos como peregrinos que siempre en camino nos abrimos al proyecto de Dios que es mayor. Hay dos notas que favorecen la donación al otro para dar vida. Una es la *acogida*, que hemos visto en el tema anterior. Pero aquí queremos destacar el vaciamiento personal, se trata de vaciarse de uno mismo para dejarnos habitar por Dios. Si estamos llenos de nosotros mismos seguramente querremos rebalsarnos en los demás, convirtiéndonos en la medida de las cosas. La otra nota es *contemplar la presencia de Dios en el otro*, que brilla como diamante, a veces más luminoso o más borroso, más limpio o más sucio, pero que sigue siendo diamante. Así contemplaremos el proyecto de Dios que brilla en quien acompañamos. Procuremos como presbíteros ser capaces de darnos al otro para que el otro tenga vida y que esa vida no sea la nuestra sino la del Padre en común, que es uno solo y Padre de todos.

Para compartir:

1. Recordemos y detengámonos en las personas, lugares, momentos donde hemos encontrado vida y que están en los orígenes de nuestra vocación.
2. ¿Cómo nos dejamos nutrir por nuestras propias raíces-orígenes: familia, pueblo, cultura, Iglesia?
3. Con qué personas o en qué situaciones coloco en segundo lugar mis ideas, horarios, esquemas...?
4. “Somos dadores de vida cuando dejamos al otro ser él mismo, cuando contemplamos a Dios en el otro”. Comentar esta frase.

2)- Algunos rasgos del amor paternal del presbítero

El presbítero es hecho padre por la gracia del orden y está llamado a expresar sacramentalmente la paternidad de Dios mediante su caridad pastoral-paternal. Ser padre denota tanto el origen y la comunicación de la vida como *el amor y el cuidado del hijo*. El sacerdote está llamado a “representar” sacramentalmente ambos aspectos².

El presbítero es **signo e instrumento de la paternidad divina**. A través de la caridad pastoral servimos al Pueblo de Dios asumiendo rasgos del amor paternal. Dichos rasgos son cultivados e interiorizados en la formación inicial y permanente. El presbítero es padre en primer lugar, por su fecundidad ministerial, fecundidad de la palabra que predica y del Sacramento que celebra en nombre de Cristo y de la Iglesia. Su singular paternidad pastoral *comunica, cuida y educa* la vida de la fe de las personas y las comunidades. Si un hombre se convierte en padre cuando tiene y reconoce a un hijo, el sacerdote, sin dejar de ser hijo, se convierte en padre al transmitir ministerialmente la gracia filial y fraterna a los hombres. Consecuentemente con su realidad sacramental el presbítero es padre también por el ejercicio responsable de su caridad paterna. Ser padre requiere, en efecto, el amor constante que lleva a querer afectivamente y a trabajar efectivamente por la comunidad. Para evitar que su paternidad sacramental se haga paternalismo y que su autoridad pastoral se vuelva autoritarismo el presbítero debe comprender y vivir el poder de la humildad y el servicio³.

El amor paternal del presbítero también se expresa a través de la **ternura**, que es el *modo* en que se manifiesta el corazón del hombre. La persona tierna se muestra sensible y reactiva frente al otro, no tiene miedo de sus propios sentimientos, es libre de dejarse querer y de querer, es capaz de expresar su propio afecto a través de atenciones, delicadezas, cuidados, mensajes, sorpresas, palabras, miradas... todo lo que le diga de algún modo al otro que es importante para mí. El que es tierno no invade ni se impone, ni espera recompensa. Es dulce sin ser empalagoso, sabe estar al lado sin ser pegajoso, es fiel sin atar al otro a su persona. No tiene segundas intenciones más allá de las de comunicar el bien que siente y quiere para el otro. Es difícil que alguien pueda manifestar ternura sin haberla recibido y experimentado él mismo⁴. El Papa Francisco habla de aprender a aceptar nuestra debilidad con intensa ternura, la ternura es el mejor modo para tocar lo que es frágil en nosotros. El dedo que señala y el juicio que hacemos de los demás son a menudo un signo de nuestra incapacidad para aceptar nuestra propia debilidad, nuestra propia fragilidad⁵. Los presbíteros por medio del sacramento de la reconciliación nos acercamos a las heridas de nuestra

² Galli Carlos M., *Los sacerdotes como esposos y padres*, Pastores n. 4, (1.995) 26.

³ Galli Carlos M., *Los sacerdotes...* 30-31.

⁴ Cf. Cencini, Amedeo, *Ladrón perdonado. El perdón en la vida del sacerdote*, Sal Terrae, Buenos Aires, 2018, 59-61.

⁵ FRANCISCO, *Patris Corde*, Ágape, Buenos Aires, 2021, n. 2.

gente para aliviarles su dolor o para curarlas. El sacerdote, sumergido en la misericordia de Dios, queda preparado para un encuentro “sanador”, de modo que *quien se encuentre herido en su vida pueda encontrar en el sacerdote atención y escucha*⁶.

Otro rasgo propio del amor paternal es la **acogida**. Todo hombre debe sentirse amado y acogido tal como es. El padre no tiene jamás una actitud de rechazo, de desprecio, de dureza, de juicio ante lo que sea. Tiene incluso un afecto especial por los más pequeños, los más pobres, los más heridos⁷. José acogió a María sin colocar condiciones, confió en las palabras del ángel. El Papa Francisco afirma que José deja de lado sus razonamientos para dar paso a lo que acontece y, por más misterioso que le parezca lo acoge, asume la responsabilidad y se reconcilia con su propia historia. La acogida -continúa Francisco- es un modo por el que se manifiesta en nuestra vida el don de la fortaleza que nos viene del Espíritu Santo. Sólo el Señor puede darnos la fuerza para acoger la vida tal como es, para hacer sitio a esa parte contradictoria, inesperada y decepcionante de la existencia. La acogida de José nos invita a acoger a los demás, sin exclusiones, tal como son, con preferencia de los débiles, porque Dios elige lo que es débil (cf. 1Co 1,27)⁸. La acogida y confianza en el otro favorece la alteridad, deja al otro ser otro. Como presbíteros debemos favorecer, desde la paciencia y comprensión, la libertad, para que la otra persona llegue a ser libre y adulto.

Desposesión de sí. Este rasgo está en sintonía con el anterior: la acogida. La paternidad no es una posesión, sino lo contrario una desposesión. El otro se me ha confiado por un tiempo, pero no me pertenece en ningún caso. Dispongo de una autoridad legítima, pero que debe ejercerse en el respeto de lo que él es, de su identidad propia, de su vocación única, etc. Ser padre implica renuncia a todo proyecto sobre el hijo para dejarle llegar a ser él mismo. Este respeto supone negarse a imponer al otro las propias ideas, deseos y planes. El hijo no es nunca lo que querríamos que fuese⁹. De igual modo, ejercemos la paternidad presbiteral cuando dejamos que el hijo sea capaz de elegir, ser libre, salir, crecer, etc.

Para compartir en el grupo:

1. ¿En qué actitud o servicio concreto de mi ministerio experimento el “encuentro sanador” para aliviar el dolor o curar la herida de los demás?
2. Desde la acogida paternal ¿favorezco la alteridad, dejar al otro ser otro?

⁶ FRANCISCO, *Encuentro con los sacerdotes de la diócesis de Roma* (6 de marzo de 2014).

⁷ Cf. Philippe Jacques, *La paternidad espiritual del sacerdote*, Rialp, Madrid, 2021, 46.

⁸ FRANCISCO, *Patris...* n. 4.

⁹ Cf. Philippe Jacques, *La paternidad...* 89.

3. “La desposesión de sí implica dejar al hijo ser él mismo, dejándolo en libertad para elegir, crecer”. Comentar esta frase.

3)- El amor paternal en el ejercicio del ministerio presbiteral

Dado que nuestro servicio pastoral es demasiado amplio y adquiere diferentes acentos o matices según el ámbito pastoral, la realidad personal, la edad o experiencia de cada cura, etc. haremos referencia a algunos aspectos de nuestro ministerio donde también ejercemos la paternidad espiritual.

La oración por el pueblo. Seguramente sea nuestro primer modo de expresar la paternidad por el pueblo que se nos ha confiado. No podemos llegar ni convencer a todo el mundo, pero siempre podremos rezar por todos, suplicar, encomendarlos a Dios. La oración por el pueblo es nuestro deber como pastores. Sabemos que nuestra plegaria da frutos, pues Dios nos ha instituido como intercesores para su pueblo, hemos sido llamados a unirnos a la oración de Jesús, Sumo sacerdote, para la salvación de todos los hombres. Recordemos tantos ejemplos de Moisés que intercede por su pueblo ante Dios para aplacar su ira o hacerle cambiar de opinión, como también diferentes escenas evangélicas donde Jesús atiende las peticiones de la gente debido a la insistencia de la propia persona, de sus amigos o de los mismos discípulos. Ejercemos nuestra paternidad cuando rogamos o intercedemos ante Dios por las necesidades de nuestro pueblo. La oración de súplica o de intercesión debe ocupar un lugar privilegiado en el ejercicio de nuestro ministerio, ya que puede alcanzar de manera invisible a todos los que no podemos llegar de otro modo.

La celebración de la Eucaristía. Al celebrar la eucaristía damos al pueblo el alimento que necesita: la palabra que da vida y el pan de vida eterna. También en ella vivimos intensamente *la intercesión y la ofrenda*. Ofrecemos el Cuerpo de Cristo y con él nuestra persona. Decía San Juan Pablo II, el Jueves Santo de 2005, “no se puede repetir las palabras de la consagración sin sentirse implicados en este movimiento espiritual. En efecto, su vida tiene sentido si sabe hacerse don, poniéndose a disposición de la comunidad y al servicio de todos los necesitados”. Por ello, se trata no sólo de alimentar al pueblo con el Cuerpo de Cristo sino que nosotros mismos seamos entrega-donación y alimento. Dirá Pastores Dabo Vobis en el n.23 “que el alma sacerdotal se esfuerce en reproducir en sí misma lo que se realiza en el ara sacrificial, el sacerdote recibe de la Eucaristía la gracia y la responsabilidad de impregnar de manera *sacrificial* toda su existencia”. La Eucaristía es la fuente y el fin último de nuestra vida y ministerio. Somos padres cuando nos

partimos y repartimos como alimento, cuando “eucaristizamos” nuestra vida, cuando nos sacrificamos por amor, cuando nos entregamos totalmente para dar vida.

El sacramento de la reconciliación. Para los fieles este sacramento es una ocasión única de experimentar la paternidad misericordiosa de Dios, una manera de encontrar a Dios no como un juez que acusa sino como un padre que acoge, perdona y cura. Para el presbítero es un gran regalo ser instrumento de la misericordia divina y presenciar las maravillas que el amor de Dios puede realizar en el corazón de los hombres, siendo testigo de la paz, la alegría espiritual y la curación recibidas a través de este sacramento. Ejercemos la paternidad evitando cualquier juicio y rigidez. A propósito dirá el Papa Francisco, “el sacramento del perdón exige que el corazón del sacerdote esté en paz, que no maltrate a los fieles, sino que sea apacible, benévolo y misericordioso, que sepa sembrar esperanza en los corazones (...) todos los fieles tienen el derecho de encontrar en los sacerdotes a los servidores del perdón de Dios”¹⁰. Continúa Francisco exhortando a los sacerdotes “cuando ese hombre o esa mujer te muestra su miseria, por favor, no lo retes, no lo arrastres, no lo castigues”; también pide a los sacerdotes que “no se cansen de perdonar, que sean perdonadores, a imitación de Jesús”¹¹. Somos padres imitando al Único Padre, siendo expresión de su perdón, de su paz y de su misericordia.

La predicación. Este ministerio, así como las demás ocasiones de enseñar, es un medio muy oportuno para ejercer la paternidad. Como un padre proporciona el alimento a sus hijos, así también el presbítero que predica o enseña comunica la verdad que hace libre y la Palabra que da vida. El Papa Francisco cuando habla del predicador lo hará con expresiones maternales, invitará a dirigirnos al pueblo “como una madre le habla a su hijo, sabiendo que el hijo tiene confianza de que todo lo que le enseña es para su bien, porque se siente amado”¹². Continuará Francisco hablando del modo de transmitir el mensaje: “cercanía cordial, calidez de su tono de voz, mansedumbre del estilo de sus frases, alegría de sus gestos, y terminará afirmando que el estilo debe ser *materno-ecclesial*”¹³. Por ello, ejercemos la paternidad cuando aconsejamos, damos ánimo, fuerza e impulso, cuando indicamos el camino; cuando en nuestra prédica no falta la esperanza y el consuelo. Vivamos este ministerio con humildad y desde la oración, sintiéndonos servidores y mensajeros de la Palabra, que siempre nos invita a la conversión.

¹⁰ Francisco, Audiencia general, 20 noviembre 2013.

¹¹ Francisco, Vísperas con sacerdotes, consagrados y seminaristas. La Habana, 20 septiembre 2015.

¹² Francisco, *Evangelii Gaudium* 139.

¹³ *Ibid.*, 140.

El acompañamiento espiritual. En este servicio pastoral podemos ejercer como curas una fecunda paternidad transmitiendo la vida divina, ayudando a la persona a vivir plenamente, a descubrir la voluntad de Dios. A través del diálogo, en muchas ocasiones, la persona abre su corazón y su vida al sacerdote, le comparte cosas íntimas jamás habladas con otra persona, le manifiesta su deseo profundo de discernir los planes de Dios, de ser fiel a su vocación y de caminar por las sendas de la santidad. Es una hermosa ocasión para trabajar algunos rasgos de la paternidad espiritual: acogida incondicional y amable, escucha atenta y respetuosa, inmenso respeto por la persona y su libertad, total desinterés, gran desprendimiento por los propios puntos de vista e ideas personales y/o subjetivas¹⁴. Se trata de descubrir la presencia y acción de Dios a lo largo del proceso del acompañamiento y de la vida de la persona acompañada. Ejercemos la paternidad acompañando el itinerario personal de nuestros hijos espirituales, no abandonándolos o dejándolos a la deriva sino escuchándolos pacientemente, sosteniéndolos en sus crisis, animándolos desde la esperanza, disponiéndolos a la gracia.

Para compartir:

1. ¿Cuál es mi experiencia del sacramento de la reconciliación como ministro del perdón, de la paz y la misericordia?
2. En mi prédica: ¿doy ánimo, consuelo, esperanza? ¿cómo es el estilo de mi predicación?
3. Sobre el acompañamiento espiritual: ¿le doy prioridad en mi agenda? ¿me preparo espiritualmente? ¿favorezco la libertad y responsabilidad? ¿me siento instrumento de la voluntad de Dios?

¹⁴ Cf. Philippe Jacques, *Op. cit.*... 146.